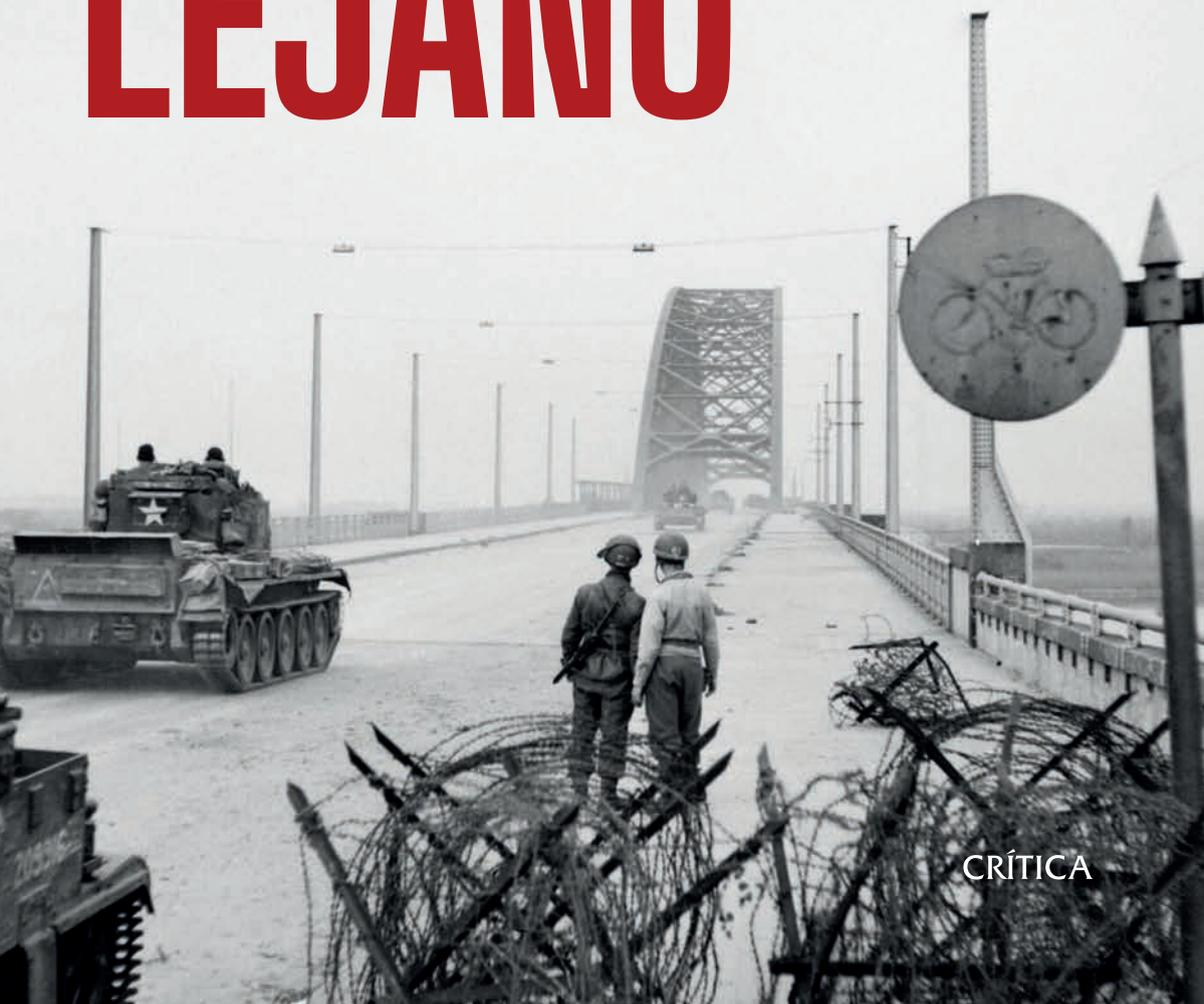


CORNELIUS RYAN

AUTOR DE *EL DÍA MÁS LARGO*

UN PUENTE LEJANO



CRÍTICA

CORNELIUS RYAN

UN PUENTE LEJANO

Traducción castellana de
Joaquín Arias

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: septiembre de 2023

Un puente lejano
Cornelius Ryan

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *A Bridge Too Far*

© Cornelius Ryan, 1974

© de la traducción, Joaquín Arias, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es

www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-570-8

Depósito legal: B. 11.694-2023

2023. Impreso y encuadernado en España por Gómez Aparicio



I

En la milenaria aldea neerlandesa de Driel, sus habitantes escuchaban atentamente. Ya antes del amanecer, se habían despertado los que aún dormían y habían encendido la luz tras las persianas de las ventanas. Al principio, tenían la impresión de que algo inexplicable estaba sucediendo en alguna parte, más allá de las inmediaciones, y poco a poco fueron surgiendo algunas ideas imprecisas. Mientras, a lo lejos, se oía un sordo e incesante murmullo.

Apenas audible, pero persistente, el ruido llegaba a la aldea en oleadas. Sin lograr identificar aquel sonido sutil, instintivamente muchos prestaban atención a cualquier cambio que pudiera producirse en el tramo inferior de la corriente del cercano Rin. La mitad del territorio de los Países Bajos está por debajo del nivel del mar, por lo que el agua es un enemigo constante y los diques constituyen el arma fundamental de una interminable batalla que no ha dejado de librarse desde antes del siglo XI. Driel, situada en un gran meandro del Bajo Rin, al suroeste de Arnhem, capital de Güeldres, mantiene un constante recuerdo de esta lucha. A unos centenares de metros al norte, protegiendo al pueblo y a la región de las turbulentas aguas, se encuentra un sólido dique, coronado por una carretera, que se eleva a una altura de más de diez metros en algunos puntos. Pero aquella mañana, el río no constituía ninguna causa de alarma. El Nederrijn se deslizaba con parsimonia hacia el mar del Norte, con su habitual velocidad de tres kilómetros por hora. Los soni-

dos que reverberaban en la muralla de piedra del dique protector venían de otro enemigo mucho más cruel.

Mientras amanecía y el sol comenzaba a disipar la niebla, el alboroto se hizo más fuerte. Por las carreteras que discurrían al este de Driel, los habitantes del pueblo podían oír claramente el sonido de los vehículos de tierra, y el tráfico parecía intensificarse por momentos. En aquellos instantes, su inquietud se había convertido en alarma, pues no había duda respecto a la naturaleza del movimiento: en aquel quinto año de la segunda guerra mundial y después de 51 meses de ocupación nazi, cualquier persona identificaba ya el sordo rumor de los convoyes alemanes.

Más alarmante aún era el tamaño de aquella procesión. Tiempo después, algunas personas recordarían que solamente una vez habían oído un tránsito tan intenso: en mayo de 1940, cuando los alemanes invadieron los Países Bajos. En aquella ocasión, los ejércitos motorizados de Hitler cruzaron como un enjambre las fronteras del Reich a quince o veinte kilómetros de distancia de Driel y, después de llegar a las carreteras principales, se esparcieron rápidamente por todo el país. Ahora, unos interminables convoyes parecían estar moviéndose de nuevo por esas mismas vías.

Desde la carretera más próxima —una autopista de doble carril que comunicaba Arnhem, en la orilla septentrional del Bajo Rin, con la ciudad ochocentista de Nimega, bañada por el caudaloso Waal, unos dieciocho kilómetros más al sur—, llegaban extraños ruidos. Sobre un sordo crepitar de motores, las personas eran capaces de distinguir con claridad ruidos singulares que parecían estar fuera de lugar en un convoy militar: el roce de las ruedas de los carros, el zumbido de innumerables bicicletas y el lento y desacompasado sonido de los pies arrastrándose.

¿Qué clase de convoy podía ser ese? Y, lo que era aún más importante, ¿adónde se dirigía? En aquel momento de la guerra, el futuro de los Países Bajos podía muy bien depender de la respuesta a esa última cuestión. La mayoría de los neerlandeses creía que los convoyes transportaban grandes refuerzos y que estaban o bien entrando en el país para ayudar a la guarnición alemana, o bien penetrando hacia el sur para detener el avance aliado. Las tropas de los aliados habían liberado el norte de Francia con una espectacular rapidez, y se hallaban en aquel momento combatiendo en Bélgica: incluso se decía que se estaban a menos de 150 kilómetros de su capital, Bruselas. Circulaban rumores persistentes de

que unas poderosas unidades blindadas aliadas estaban avanzando hacia la frontera neerlandesa. Pero nadie en Driel podía afirmar con exactitud la dirección que seguían los convoyes. La distancia de aquellos sonidos difusos lo hacía imposible. Y el toque de queda nocturno impedía a los aldeanos salir de sus casas para averiguarlo.

Agobiados por la incertidumbre, no tenían más opciones que esperar. Y tampoco podían saber que los tres jóvenes soldados que constituían toda la guarnición alemana del pequeño Driel se habían marchado del pueblo poco antes del amanecer, en bicicletas robadas, y alejado pedaleando entre la niebla. No quedaba ya en la aldea ninguna autoridad militar para imponer el cumplimiento del toque de queda.

Al ignorar este hecho, los habitantes seguían en el interior de sus hogares. Sin embargo, los más curiosos, los que se encontraban demasiado impacientes para esperar, decidieron arriesgarse utilizando el teléfono. En su vivienda del número 12 de la Honingveldsestraat, junto a la fábrica familiar de embutidos y conservas, la joven Cora Baltussen llamó a unos amigos de Arnhem. Apenas daba crédito a lo que estos le contaban que estaban viendo con sus propios ojos: los convoyes no estaban marchando hacia el sur, en dirección al frente occidental. En aquella mañana de niebla del 4 de septiembre de 1944, los alemanes y sus partidarios parecían estar huyendo de los Países Bajos, trasladándose en cualquier cosa que les sirviera para desplazarse.

La batalla que todos habían esperado —pensó Cora— pasaría de largo ante ellos. Pero se equivocaba, pues para el insignificante pueblo de Driel, que había salido indemne hasta entonces, la guerra no había hecho nada más que empezar.

II

Unos setenta kilómetros más al sur, en los pueblos y ciudades cercanos a la frontera belga, los neerlandeses no cabían en sí de alegría. Contemplaban con incredulidad el paso ante sus ventanas de los destartados restos de los ejércitos de Hitler en el norte de Francia y en Bélgica. El derrumbamiento parecía contagioso, pues, además de las unidades militares, estaban marchándose miles de civiles alemanes y de nazis neerlandeses. Y para esos fugitivos, todos los caminos parecían llevar a la frontera alemana.

La retirada había empezado tan lentamente —con automóviles y vehículos del Estado Mayor que cruzaban la frontera belga de manera muy espaciada— que pocos neerlandeses podían precisar con exactitud cuándo se había iniciado. Unos creían que empezó el 2 de septiembre; otros, el 3. Pero el día 4 el movimiento de los alemanes y sus partidarios ya denotaba que aquello era una desbandada, un éxodo frenético que alcanzaría su punto culminante el 5 de septiembre, día que más tarde pasaría a la historia de los Países Bajos como *Dolle Dinsdag*, el «Martes Loco».

El pánico y la desorganización parecían caracterizar la huida de los alemanes. Bloqueando las carreteras desde la frontera belga hasta Arnhem, al norte, y más allá, había largas colas de camiones, autobuses, vehículos oficiales, camionetas, blindados, carros de caballos y automóviles civiles que funcionaban con carbón o madera. Por todas partes, alternándose con los desordenados convoyes, se veían grupos de soldados fatigados y polvorientos, montados en bicicletas que habían requisado a toda prisa.

Incluso se veían formas de transporte aún más grotescas. En la ciudad de Valkenswaard, a pocos kilómetros al norte de la frontera belga, sus habitantes observaron cómo varios soldados alemanes, cargados hasta arriba, se esforzaban por avanzar montados en patinetes infantiles. A noventa kilómetros, en la ciudad de Arnhem, la multitud que se alineaba a lo largo de la Amsterdamseweg vio pasar con parsimonia una enorme carroza fúnebre plateada y negra que iba tirada por dos caballos de labor. En su parte trasera, apiñados en el espacio destinado al ataúd, había una veintena de alemanes despeinados y exhaustos.

En estos desafortunados convoyes se desplazaban a pie soldados alemanes de muchas unidades: había tripulantes de panzers, despojados de sus tanques y aún con sus uniformes negros de combate; hombres de la Luftwaffe, probablemente todo lo que quedaba de las unidades aéreas alemanas destrozadas en Francia o Bélgica; soldados de la Wehrmacht de una veintena de divisiones, y tropas de las Waffen SS, cuya insignia del cráneo y las tibias cruzadas aún constituía toda una macabra señal de identidad. En Sint-Oedenrode, la joven Wilhelmina Coppens, viendo caminar sin rumbo a estos hombres aturridos y aparentemente sin comandantes, pensó que «la mayoría de ellos no tenían ni idea de dónde estaban ni de adónde iban». Para regocijo de los transeúntes neerlandeses, algunos soldados se hallaban tan desorientados que incluso preguntaban por el camino a la frontera alemana.

En la localidad industrial de Eindhoven, sede de la gigantesca factoría eléctrica Philips, la población había estado oyendo durante días el sordo rumor del fuego de artillería procedente de Bélgica. En aquel momento, viendo cómo el ejército alemán derrotado abarrotaba las carreteras, los habitantes esperaban que las tropas aliadas llegasen en cuestión de horas. Y también los alemanes. A Frans Kortie, de veinticuatro años, empleado del departamento de finanzas municipales, le pareció que esas tropas no tenían la intención de detenerse. Desde el aeropuerto cercano llegaba el ruido devastador de las explosiones, mientras los ingenieros volaban las pistas, los depósitos de municiones y de gasolina e incluso los hangares. A través de la humareda que el viento impulsaba hacia la ciudad, Kortie vio cómo pelotones de soldados desmantelaban las piezas de artillería pesada instaladas en los tejados de los edificios Philips.

Por toda la zona, desde Eindhoven hasta la ciudad de Nimega, en el norte, los ingenieros alemanes trabajaban con intensidad. En el canal Zuid-Willemsvaart, en la ciudad de Veghel, un maestro de escuela llamado Cornelis de Visser vio cómo una barcaza cargada en exceso saltaba por los aires y esparcía trozos de motor de avión en una mortal lluvia de metralla. No lejos de allí, en el municipio de Uden, Johannes de Groot, carrocer de cuarenta y cinco años, contemplaba la retirada en compañía de su familia cuando los alemanes prendieron fuego a un antiguo cuartel neerlandés a escasos trescientos metros de su vivienda. Minutos después, las bombas almacenadas en el edificio explotaron y mataron a cuatro de los hijos de De Groot, cuyas edades oscilaban entre los cinco y los dieciocho años.

En ciudades como Eindhoven, donde se incendiaron las escuelas, se impidió a los bomberos entrar en acción, por lo que manzanas enteras quedaron reducidas a cenizas. Sin embargo, los zapadores, a diferencia de las columnas que huían a través de las carreteras, daban muestras de seguir algún plan concreto.

Los civiles nazis alemanes, neerlandeses, belgas y franceses eran los fugitivos que parecían más exaltados y confusos. No suscitaban ninguna compasión a los habitantes. Al granjero Johannes Hulsen, de Sint-Oedenrode, le parecieron «mortalmente asustados»; y tenían razón para estarlo, pensaba con satisfacción, porque con los aliados «pisándoles los talones, esos traidores sabían que era el *Bijltesdag*», el Día del Hacha.

La frenética huida de nazis neerlandeses y civiles alemanes había sido puesta en marcha por el *Reinchkommissar* en los Países Bajos, el famoso

doctor Arthur Seyss-Inquart, de cincuenta y dos años, y por el ambicioso y cruel dirigente del partido nazi holandés, Anton Mussert. Velando por la suerte de sus compatriotas en Francia y en Bélgica, Seyss-Inquart ordenó el 1 de septiembre la evacuación de civiles alemanes al este de los Países Bajos, más cerca de la frontera del Reich. Mussert, de cincuenta años, siguió su ejemplo alertando a los miembros del partido nazi holandés. Ambos fueron de los primeros en marcharse: se dirigieron desde La Haya hacia el este, hasta Apeldoorn, a unos veinticinco kilómetros al norte de Arnhem.* Mussert envió a su familia a una zona más cercana aún al Reich, instalándola en la región fronteriza de Twente, en la provincia de Overijssel. Al principio, la mayoría de los civiles alemanes y neerlandeses se movían con calma. Después, una sucesión de acontecimientos hizo que se desatara el pánico. El 3 de septiembre, las tropas del Reino Unido capturaron Bruselas. Al día siguiente, cayó Amberes. Los blindados y los soldados británicos estaban en aquel momento a solo unos kilómetros de la frontera neerlandesa.

Ante estas victorias asombrosas, Guillermina, la anciana reina de los Países Bajos, dijo a su pueblo en un mensaje radiofónico transmitido desde Londres que la liberación estaba próxima. También anunció que había nombrado a su yerno, Su Alteza Real el príncipe Bernardo, comandante en jefe de las fuerzas neerlandesas y que asumiría también el mando de todos los grupos de resistencia clandestina. Estas facciones, que incluían tres organizaciones diferentes alineadas políticamente desde la izquierda hasta la extrema derecha, quedarían desde entonces unificadas y se las conocería de manera oficial por el nombre de Binnenlandse Strijdkrachten (Fuerzas Interiores). Después, el príncipe Bernardo, de treinta y tres años, marido de la princesa Juliana, heredera del trono, pronunció su propio discurso. En él pedía a las fuerzas clandestinas que prepararan brazaletes «en los que figurara con letras claras la palabra *Orange*», pero que no los utilizaran «sin mi orden». Les ex-

* Seyss-Inquart estaba aterrorizado. En Apeldoorn, se refugió en su cuartel general subterráneo —un búnker de ladrillo y cemento cuya construcción costó más de 250.000 dólares—, dotado de salas de conferencias y comunicaciones, así como *suites* de uso privado. Todavía existe, y en el muro de cemento, garabateadas cerca de la puerta de entrada, figuran las cifras «6 1/4», el apodo del odiado comisario. Los neerlandeses no lo podían soportar, pues en su idioma Seyss-Inquart y «seis y cuarto» suenan casi igual: *zes en een kwart*.

hortaba a «abstenerse en el entusiasmo del momento de acciones prematuras e independientes, pues estas os pondrían en riesgo a vosotros mismos y a las operaciones militares en marcha».

Se transmitió después un mensaje especial del general Dwight D. Eisenhower, comandante supremo de las fuerzas aliadas, en el que confirmaba que la liberación era inminente. «Este momento, que durante tanto tiempo han esperado los Países Bajos, ya está muy próximo», prometió. Y, a las pocas horas, estas emisiones fueron seguidas por la declaración más optimista de todas, la del primer ministro del Gobierno neerlandés en el exilio, Pieter S. Gerbrandy, quien dijo a sus oyentes: «Ahora que los ejércitos aliados, en su inevitable avance, han cruzado nuestra frontera [...], quiero que todos vosotros ofrezcáis a nuestros aliados una calurosa bienvenida a nuestra tierra natal».

La alegría en los Países Bajos estaba próxima a la histeria, por lo que los nazis neerlandeses se apresuraron a huir para salvar sus vidas. Anton Mussert había presumido durante mucho tiempo de que su partido tenía más de cincuenta mil nazis. De ser cierto, a los ciudadanos les parecería que todos ellos se habían lanzado a las carreteras al mismo tiempo. En decenas de ciudades y pueblos de todo el país, alcaldes y funcionarios nombrados por los nazis huyeron con rapidez, pero, en muchos casos, no sin antes pedir el pago de sus atrasos, como el alcalde de Eindhoven y algunos de sus funcionarios, que insistieron en que se les abonara sus sueldos. El secretario del Ayuntamiento, Gerardus Legius, consideraba ridícula esta postura, pero no lamentaba su marcha. Al verlos escapar precipitadamente de la ciudad «sobre cualquier cosa que tuviera ruedas», se preguntó: «¿Hasta dónde pueden llegar? ¿Adónde pueden ir?». Los bancos también se veían asediados. Cuando Nicolaas van de Weerd, un empleado bancario de veinticuatro años, acudió a su trabajo en la ciudad de Wageningen el lunes, 4 de septiembre, se topó con una cola de nazis neerlandeses esperando ante su oficina. Nada más abrir las puertas, se apresuraron a cancelar cuentas y vaciar cajas fuertes de depósitos.

Las estaciones de ferrocarril fueron invadidas por civiles aterrorizados. Los trenes con destino a Alemania circulaban abarrotados. Al descender de su vagón en la estación de Arnhem, el joven Frans Wiessing fue engullido por una muchedumbre que peleaba por subir. Era tanta la precipitación que, una vez el tren había partido, Wiessing pudo contemplar una montaña de equipajes abandonados en el andén. En el pueblo de Zetten, al oeste de Nimega, el estudiante Paul van Wely fue testigo

de cómo numerosos compatriotas nazis que abarrotaban la estación de ferrocarril esperaron durante todo un día un tren con destino a Alemania que nunca llegó. Las mujeres y los niños lloraban, y a Van Wely la sala de espera «le parecía una chatarrería llena de vagabundos». En todas las localidades se producían incidentes similares. Los colaboracionistas neerlandeses huían en cualquier cosa que se moviera. El arquitecto municipal Willem Tiemans contempló desde la ventana de su despacho, situado cerca del gran puente de Arnhem, cómo un grupo de compatriotas nazis «forcejeaban como locos» para subirse a bordo de una barcaza que se dirigía al Reich siguiendo el curso del Rin.

La intensidad del tráfico crecía hora tras hora, incluso durante la madrugada. Tan ansiosos se hallaban los alemanes por ponerse a salvo que, las noches del 3 y 4 de septiembre, en un absoluto desprecio a los ataques aéreos aliados, los soldados instalaron reflectores en algunos cruces de carretera, y un gran número de vehículos sobrecargados pasaron con los faros encendidos. Era como si los oficiales alemanes hubieran perdido el control. El doctor Anton Laterveer, un médico de Arnhem, observó cómo había soldados que arrojaban sus fusiles..., algunos, incluso, intentaban vender sus armas a los neerlandeses. El joven Joop Muselaars vio a un teniente que se esforzaba en detener un vehículo militar vacío, pero el conductor, obviando la orden, continuó su marcha. Furioso e impotente, el oficial disparó su pistola contra los adoquines.

Por todas partes se producían intentos de desertión. En el pueblo de Eerde, Adrianus Marinus, un trabajador de dieciocho años, vio cómo un soldado saltaba de un camión, corría hacia una granja y desaparecía. Más tarde, supo que era un prisionero de guerra ruso que había sido alistado en la Wehrmacht. A tres kilómetros de Nimega, en el pueblo de Lent, localizado en la ribera septentrional del Waal, el doctor Frans Huygen se hallaba efectuando sus visitas cuando se topó con varios soldados que rogaban a los aldeanos que les proporcionaran ropas civiles, y estos se negaban. En Nimega los desertores no eran tan considerados. En muchos casos, exigían ropas a punta de pistola. El reverendo Wilhelmus Peterse, un carmelita de cuarenta años, vio soldados que rápidamente se despojaban de sus uniformes, se ponían trajes civiles y emprendían a pie la marcha hacia la frontera alemana. «Los alemanes estaban completamente hartos de la guerra —recuerda Garrit Memelink, un inspector forestal jefe de Arnhem—. Estaban haciendo cuanto podían para burlar a la policía militar.»

En cuanto los oficiales perdieron el control, la disciplina se derrumbó. Bandas turbulentas de soldados robaban caballos, carros, automóviles y bicicletas. Tras amenazarles con sus armas, algunos obligaban a los granjeros a que los llevaran hacia Alemania en sus carromatos. Como parte de los convoyes, los neerlandeses veían camiones, carruajes, carretillas de mano —incluso cochecitos de niño empujados por los soldados que huían— cargados con el botín obtenido en Francia, Bélgica y Luxemburgo. Los objetos que se llevaban iban desde estatuas y muebles hasta ropa blanca. En Nimega, los soldados intentaron vender máquinas de coser, cuadros, rollos de paño, máquinas de escribir... incluso uno llegó a ofrecer un loro encerrado en una jaula enorme.

Entre los alemanes que se retiraban no escaseaba el alcohol. En la ciudad de Groesbeek, apenas a ocho kilómetros de la frontera alemana, el sacerdote Herman Hoek presenció el paso de coches de caballos cargados con grandes cantidades de vinos y licores. En Arnhem, el reverendo Reinhold Dijker vio montados en un camión a varios vociferantes soldados de la Wehrmacht que iban bebiendo de un enorme tonel de vino que, al parecer, habían traído desde Francia. Agatha Schulte, de dieciséis años, hija del farmacéutico jefe del hospital municipal de Arnhem, estaba convencida de que la mayoría de los soldados que se encontraba estaban borrachos. Arrojan a los niños puñados de monedas francesas y belgas e intentaban vender a los adultos botellas de vino, champán y coñac. Su madre, Hendrina Schulte, recuerda con nitidez haber visto un camión alemán que transportaba otra clase de botín: una amplia cama de matrimonio en la que había una mujer.*

Además de las columnas procedentes del sur, un intenso tráfico de alemanes y civiles llegaba desde la zona occidental de los Países Bajos y desde la costa. Atravesaban Arnhem y marchaban en dirección este, hacia Alemania. En el próspero suburbio de Oosterbeek, en Arnhem, Jan Voskuil, un ingeniero químico de treinta y ocho años, se encontraba

* Se presenciaron escenas que nunca nadie habría considerado posibles en el Ejército alemán —escribió en 1953 el historiador alemán Walter Goerlitz en su *History of the German General Staff*—. Los infantes de Marina marchaban hacia el norte sin armas, vendiendo sus uniformes sobrantes... Decían a la gente que la guerra había terminado y que volvían a casa. Camiones cargados de oficiales, sus amantes y grandes cantidades de champán y coñac lograron llegar hasta Renania, y fue necesario crear tribunales de guerra especiales para juzgar estos casos.

escondido en la casa de su suegro. Tras conocer que figuraba en una lista de rehenes neerlandeses que debían ser detenidos por los alemanes, había escapado de su casa en la ciudad de Geldermalsen, a treinta kilómetros de distancia, llevándose consigo a su mujer, Bertha, y a su hijo de nueve años. Habían llegado a Oosterbeek a tiempo para ver la evacuación. El suegro de Jan le dijo que no «se preocupara más de los alemanes; ya no tendrás que esconderte». Al contemplar la calle mayor de Oosterbeek, Voskuil fue testigo de una «absoluta confusión». Había docenas de camiones repletos de alemanes, «todos peligrosamente sobrecargados». Vio soldados «montados en bicicletas, pedaleando rabiosamente, con maletas y maletines colgados de los manillares». Voskuil tuvo la certeza de que la guerra terminaría en cuestión de días.

En el propio Arnhem, Jan Mijnhart, sacristán de la Grote Kerk —la imponente iglesia de San Eusebio, del siglo xv, con su célebre torre de casi cien metros de altura—, vio a los *Moffen* —apodo que los neerlandeses le pusieron a los alemanes, equivalente al *Jerry* inglés— cruzando la ciudad «de cuatro en fondo en dirección a Alemania». Algunos parecían viejos y enfermos. En el cercano pueblo de Ede, un alemán de avanzada edad le pidió al joven Rudolph van der Aa que comunicara a su familia en Alemania que le había visto. «Padezco del corazón —añadió— y probablemente no viviré mucho tiempo.» Lucianus Vroemen, un muchacho de Arnhem, señaló que los alemanes estaban exhaustos y que habían «perdido todo su orgullo y su espíritu de lucha». Habló de oficiales que, con poco o ningún éxito, trataban de restablecer el orden entre los desorganizados soldados. Ni siquiera reaccionaban a los gritos que les dirigían los neerlandeses: «¡Marchaos ya! Los ingleses y los norteamericanos llegarán aquí dentro de unas horas».

Viendo a los alemanes dirigirse hacia el este desde Arnhem, el doctor Pieter de Graaff, un cirujano de cuarenta y cuatro años, tuvo la convicción de estar presenciando «el fin, el evidente derrumbamiento del Ejército alemán». Y Suze van Zweden, una profesora de Matemáticas de un instituto, tenía una razón especial para recordar aquel día. Su marido, Johan, un respetado y conocido escultor, se encontraba en el campo de concentración de Dachau desde 1942 por ocultar a compatriotas judíos. Tal vez no tardara ahora en ser liberado, pues, evidentemente, la guerra estaba ya casi terminada. Suze estaba decidida a presenciar este histórico momento, la partida de los alemanes y la llegada de los liberadores aliados. Su hijo Robert era demasiado pequeño para comprender

lo que sucedía, pero decidió llevar a la ciudad a su hija Sonja, de nueve años. Mientras la vestía, Suze dijo: «Esto es algo que tienes que ver. Quiero que intentes recordarlo toda tu vida».

Por todas partes, los ciudadanos manifestaban su júbilo e incluso mostraban banderas neerlandesas. Los comerciantes más emprendedores vendían botones de color naranja y grandes cantidades de cintas a las ansiosas masas. En el pueblo de Renkum, la gente se agolpaba en la mercería local, donde el dueño, Johannes Snoek, vendía cinta anaranjada a toda la velocidad con que podía cortarla. Para su asombro, los habitantes del pueblo confeccionaban lazos con ellas y se los prendían con orgullo. Johannes, que era miembro de la resistencia, pensó que «esto era ir demasiado lejos». Para proteger a sus paisanos de sus propios excesos, dejó de venderles. Su hermana Maria, contagiada de la excitación, anotó con alegría en su diario que «por el ambiente que había en las calles parecía que fuese el *Koninginnedag*, el cumpleaños de la reina». Las multitudes se apiñaban en las aceras gritando y vitoreando: «¡Viva la reina!». La gente cantaba el «*Wilhelmus*» —el himno nacional— y «*Oranje boven!*» —una canción popular que enfatiza el vínculo del pueblo con la casa real—. Con sus capas revoloteando al viento, las hermanas Antonia Stranzky y Christine van Dijk, del hospital Santa Isabel de Arnhem, se dirigieron en bicicleta a la plaza mayor, la Velperplein, donde se sumaron a las masas que se congregadas en las terrazas tomando café y comiendo pastel de patata, mientras veían pasar a los alemanes y los nazis neerlandeses.

En el hospital de San Canisius, en Nimega, sor M. Dosithèe Symons vio a varias enfermeras bailando de alegría en los corredores del convento. Los ciudadanos sacaban aparatos de radio escondidos desde hacía mucho tiempo y, mientras contemplaban la retirada desde las ventanas, escuchaban abiertamente por primera vez en largos meses Radio Orange, el servicio especial que la BBC de Londres emitía para los Países Bajos. El recolector de frutas Joannes Hurkx estaba tan emocionado por las emisiones que no vio a un grupo de alemanes robar las bicicletas de la familia en la parte trasera de su casa de Sint-Oedenrode.

En decenas de lugares, las escuelas cerraron y el trabajo se detuvo. Los empleados de las cigarrerías de Valkenswaard se apresuraron a parar sus máquinas y abarrotaron las calles. En La Haya, sede del Gobierno, los tranvías dejaron de circular. En la capital, Ámsterdam, la atmósfera se hizo tensa e irreal. Las oficinas cerraron y se suspendieron las transac-

ciones en la bolsa. Las unidades militares desaparecieron súbitamente de las principales vías públicas, y la estación central se vio atestada de nazis alemanes y neerlandeses. En las afueras de Ámsterdam, Róterdam y La Haya, las carreteras que conducían a las ciudades se encontraban flanqueadas por multitudes que llevaban banderas y flores y esperaban ser las primeras en ver cómo los blindados ingleses llegaban desde el sur.

Hora tras hora, los rumores crecían. Muchas personas en Ámsterdam pensaban que las tropas británicas habían liberado ya La Haya, cerca de la costa, a unos 45 kilómetros al suroeste. En La Haya, la gente creía que ya había sido liberado el gran puerto de Róterdam, a 25 kilómetros de distancia. Los viajeros de los trenes oían un relato diferente cada vez que llegaban a una estación. Uno de ellos, Henri Peijnenburg, un dirigente de la resistencia de veinticinco años de edad, se dirigía desde La Haya a su casa de Nimega —a menos de 120 kilómetros— cuando al comienzo de su viaje oyó decir que los ingleses habían entrado en la antigua ciudad fronteriza de Maastricht. En Utrecht le dijeron que ya habían llegado a Roermond. Después, en Arnhem, le aseguraron que los británicos habían tomado Venlo, a pocos kilómetros de la frontera alemana. «Cuando finalmente llegué a casa —recuerda—, esperaba encontrarme con los aliados por las calles, pero lo único que vi fue a los alemanes que se batían en retirada.» Peijnenburg se sentía confundido e intranquilo.

Otras personas compartían también su preocupación, como los miembros del alto mando de la resistencia que estaban reunidos secretamente en La Haya. Mientras vigilaban lo que ocurría con cierta tensión, les parecía que los Países Bajos se encontraban en el umbral de la libertad. Los blindados aliados podían atravesar fácilmente el territorio nacional desde la frontera belga hasta el Zuiderzee. La resistencia tenía la certeza de que las «puertas» —a través de Holanda, sobre el Rin y en Alemania— estaban abiertas de par en par.

Los líderes de la resistencia sabían que los alemanes carecían en la práctica de fuerzas capaces de detener un ataque bien preparado por parte de los aliados. Menospreciaban la única, débil y escasamente dotada división, compuesta por hombres de avanzada edad, que protegía las defensas costeras, y que habían permanecido en búnkeres de cemento desde 1940 sin disparar un solo tiro. También miraban con desdén el gran número de otros soldados de baja graduación, cuya capacidad combativa era sumamente dudosa, entre ellos las SS neerlandesas, las hete-

rogéneas tropas de guarnición, los convalecientes y los no aptos por causa médica, agrupados estos últimos en unidades conocidas —con bastante acierto— por el nombre de batallones «estómago» y «oído», porque la mayoría de sus hombres padecían úlceras o se habían quedado prácticamente sordos.

A los ciudadanos de los Países Bajos les parecía evidente cuál había de ser la acción aliada, una invasión inminente. Pero su éxito dependía de la rapidez de las fuerzas británicas que avanzaban desde el sur. Respecto a este punto, el alto mando de la resistencia estaba desconcertado, pues le era imposible determinar la extensión exacta del avance aliado.

Tampoco resultaba sencillo comprobar la validez de la afirmación del primer ministro Gerbrandy de que las tropas aliadas habían cruzado ya la frontera. Los Países Bajos eran una nación pequeña —aproximadamente, equivalía solo a dos terceras partes del territorio de Irlanda—, pero tenía una densa población de más de nueve millones de habitantes. A consecuencia de ello, los alemanes tropezaban con grandes dificultades para controlar la actividad subversiva, y en todas las ciudades y pueblos había células clandestinas. A pesar de esto, era arriesgado transmitir información, sobre todo a través del método principal, el teléfono, que era también el más peligroso. En un caso de emergencia, los líderes de la resistencia podían establecer comunicación con todo el país utilizando complicados circuitos, líneas secretas e información cifrada. Y de este modo, en esta ocasión, los mandos clandestinos supieron a los pocos minutos que el anuncio de Gerbrandy era prematuro: las tropas británicas no habían cruzado aún la frontera.

Algunas emisiones de Radio Orange incrementaron la confusión. Por dos veces en poco más de doce horas —a las 23.45 del 4 de septiembre y, de nuevo, en la mañana del 5 de septiembre—, la emisión en neerlandés de la BBC anunció que la ciudad fuerte de Breda, a diez kilómetros de la frontera belga, había sido liberada. La noticia se difundió con rapidez. Los periódicos ilegales, que se editaban en secreto, prepararon rápidamente ediciones sobre la liberación en las que anunciaban con grandes titulares «La caída de Breda». Pero el jefe de la resistencia regional de Arnhem, Pieter Kruyff, de treinta y ocho años, cuyo grupo era uno de los más diestros y disciplinados de la nación, albergaba serias dudas respecto a la veracidad del boletín de Radio Orange. Así que hizo que su experto de comunicaciones, Johannes Steinfort, un joven mecánico de la compañía telefónica, comprobara la información. Tras co-

nectarse rápidamente con un circuito secreto que le puso en contacto directo con la resistencia de Breda, Steinfort fue uno de los primeros en conocer la amarga verdad: la ciudad continuaba en manos de los alemanes. Nadie había visto por allí tropas aliadas, ni norteamericanas ni británicas.

Debido a la avalancha de rumores, un gran número de grupos de la resistencia se reunieron apresuradamente para discutir lo que debía hacerse. Aunque el príncipe Bernardo y el SHAEF (Cuartel General Supremo de las Fuerzas Expedicionarias Aliadas) habían prevenido contra un levantamiento general, la paciencia de algunos miembros de la resistencia se había agotado: estaban seguros de que había llegado el momento de enfrentarse directamente al enemigo y ayudar así a los aliados. Resultaba evidente que los alemanes temían una revuelta general. Se habían percatado de que en los vehículos de las columnas que se retiraban había centinelas sentados en los guardabarras, con fusiles y metralletas listas para disparar. Sin amilanarse por ello, muchos miembros de la resistencia estaban ansiosos por luchar.

En el pueblo de Ede, pocos kilómetros al noroeste de Oosterbeek, Menno «Tony» de Nooy, de veinticinco años, trató de persuadir al jefe de su grupo, Bill Wildeboer, para lanzar el ataque. Tony alegaba que estaba planeado desde hacía mucho tiempo que el grupo se apoderara de la localidad en caso de una invasión aliada. Los cuarteles de Ede, que se habían utilizado para la instrucción de los infantes de Marina alemanes, se hallaban ahora prácticamente vacíos. Nooy quería ocupar los edificios. El veterano Wildeboer, un antiguo sargento mayor del ejército de los Países Bajos, no estaba de acuerdo: «Esta situación no me inspira confianza —le dijo—. Aún no ha llegado el momento adecuado. Debemos esperar».

No todos los movimientos de la resistencia fueron contenidos. En Róterdam, algunos miembros de las fuerzas clandestinas ocuparon las oficinas de la compañía suministradora de agua. En el pueblo de Axel, junto a la frontera con Bélgica, fue tomado el ayuntamiento junto con sus viejas murallas, por lo que centenares de soldados alemanes se rindieron a los combatientes civiles. En muchas ciudades se capturó a funcionarios nazis neerlandeses que trataban de escapar. Al oeste de Arnhem, en el pueblo de Wolfheze, famoso sobre todo por su hospital para enfermos mentales, el comisario de policía del distrito fue apresado en su automóvil. Se le encerró temporalmente en el lugar disponible

más próximo, el asilo, para su entrega a los británicos «cuando estos llegaran».

Pero todos estos casos fueron excepciones. Por lo general, las unidades de resistencia permanecían tranquilas, aunque en todas partes aprovecharon la confusión para preparar la llegada de las fuerzas aliadas. En Arnhem, Charles Labouchère, de cuarenta y dos años, descendiente de una antigua familia francesa y activo miembro de una unidad del servicio de información, se hallaba demasiado ocupado para prestar atención a los rumores. Hora tras hora, permaneció sentado tras las ventanas de una oficina situada en las proximidades del puente de Arnhem y, con varios ayudantes, observó cómo las unidades alemanas se dirigían hacia el este y el noreste, a lo largo de las carreteras de Zevenaar y Zutphen hacia Alemania. El trabajo de Labouchère consistía en calcular el número de tropas y, cuando le fuera posible, identificar las unidades. La información que anotó resultaría vital: la envió primero a Ámsterdam por correo y desde allí, a través de una red secreta, a Londres.

En Oosterbeek, el joven Jan Eijkelhoff, abriéndose paso discretamente por entre la multitud, recorrió en bicicleta toda la zona para entregar tarjetas de racionamiento falsificadas a los ciudadanos que se ocultaban de los alemanes. Y el jefe de un grupo de Arnhem, Johannes Penseel, de cincuenta y siete años, conocido como el Viejo, reaccionó con la astucia que le había hecho legendario entre sus hombres cuando decidió que había llegado el momento de trasladar su arsenal de armas. Sin ocultarse a pesar de estar rodeados de tropas alemanas por todas partes, él y unos cuantos ayudantes apresuradamente elegidos se dirigieron con tranquilidad en la camioneta de una panadería al hospital municipal, donde estaban escondidas las armas. Tras envolverlas con rapidez en papel de estraza, transportaron todo el material a casa de Penseel, cuyas ventanas de la planta baja dominaban por completo la plaza principal. Penseel y su colega Toon van Daalen consideraban que esa era una posición perfecta para abrir fuego sobre los alemanes cuando llegara el momento. Estaban decididos a ser «los chicos de brazos fuertes», el sobrenombre que tenía su subdivisión militante, *Landelijke Knokploegen* (Escuadrones Rurales).

En todas partes, hombres y mujeres del amplio ejército clandestino se preparaban para la batalla; y en ciudades y pueblos del sur, personas que creían que otras partes de los Países Bajos se hallaban ya liberadas salían de sus casas para dar la bienvenida a los liberadores. Flotaba en el

aire una especie de locura, pensó el padre carmelita Tiburtius Noordermeer mientras observaba a las alegres multitudes del pueblo de Oss, al sureste de Nimega. Vio cómo los ciudadanos se felicitaban mutuamente mediante palmadas en la espalda. Tras comparar los desmoralizados alemanes de las carreteras con los jubilosos espectadores neerlandeses, percibió «un miedo terrible por una parte frente a una loca e ilimitada alegría por la otra». «Ni unos ni otros —recordó el imperturbable sacerdote— actuaban con normalidad.»

Eran muchos los que sentían que su inquietud se acrecentaba a medida que pasaba el tiempo. En la farmacia de la calle mayor de Oosterbeek, Karel de Wit estaba preocupado. Le dijo a su esposa y titular de la farmacia, Johanna, que no entendía por qué los aviones aliados no habían atacado al tráfico alemán. Frans Schulte, un comandante neerlandés retirado, pensaba que el entusiasmo general era prematuro. Aunque su hermano y su cuñada estaban plétóricos ante lo que parecía ser una desbandada alemana, Schulte no estaba convencido: «Las cosas pueden empeorar —advertía—. Los alemanes están muy lejos de estar derrotados. Si los aliados intentan cruzar el Rin, creedme, tal vez seamos testigos de una gran batalla».

III

Varias medidas decisivas de Hitler se hallaban ya en marcha. El 4 de septiembre, en el Cuartel General del Führer, situado en las profundidades de la selva de Görlitz, en Rastenburg (actualmente Kętrzyn),* en Prusia Oriental, el mariscal de campo Gerd von Rundstedt, de sesenta y nueve años, se disponía a marchar en dirección al frente occidental. Ni siquiera había esperado a que se le diera un nuevo puesto de mando.

Revocado bruscamente de un retiro impuesto, Von Rundstedt había recibido la orden de ir a Rastenburg cuatro días antes. El 2 de julio, apenas dos meses antes, Hitler le había destituido de su cargo de comandante en jefe occidental —en términos militares alemanes, *Oberbefehlshaber West* (OB West)— mientras Von Rundstedt, que jamás había

* Por aquel entonces, la actual Kętrzyn, en el noroeste de Polonia, formaba parte de la provincia alemana de Prusia Oriental. Era conocida en alemán como Rastenburg y en polaco como Rastembork. (*N. del t.*)

perdido una batalla, trataba de hacer frente a las consecuencias de la mayor crisis alemana de la guerra, la invasión aliada de Normandía.

El Führer y el más distinguido soldado de Alemania jamás habían estado de acuerdo sobre la mejor forma de enfrentarse a esa amenaza. Antes de la invasión, tras solicitar refuerzos, Von Rundstedt había advertido claramente al Cuartel General de Hitler (OKW, *Oberkommando der Wehrmacht*)* de que los aliados occidentales, superiores en hombres, material y aviones, podían «desembarcar en cualquier punto que desearan». No era correcto, declaró Hitler. La muralla del Atlántico, las fortificaciones costeras a medio completar que, según alardeaba Hitler, discurrían a lo largo de casi cinco mil kilómetros desde Kirkenes (en la frontera noruego-finesa) hasta los Pirineos (en la franco-española) harían «este frente inexpugnable ante cualquier enemigo». Pero Rundstedt sabía muy bien que esa construcción era más propaganda que realidad y resumía la muralla del Atlántico en una sola palabra: «Embuste».

El legendario mariscal de campo Erwin Rommel, famoso por sus victorias en los desiertos norteafricanos durante los primeros años de la guerra y que había sido enviado por Hitler para mandar el Cuerpo del Ejército B, a las órdenes de Rundstedt, se sentía del mismo modo aterrado por la confianza del Führer. Para Rommel, las defensas costeras eran una «ficción de Hitler, la *Wolkenkuckucksheim*» —o Nefelococigia, una región ideal inventada por Aristófanes—. El aristócrata y tradicionalista Rundstedt y el más joven y ambicioso Rommel estaban de acuerdo, probablemente, por vez primera. Chocaban, sin embargo, en otro punto. Acordándose de la aplastante derrota de su Afrika Korps frente a Montgomery en El Alamein, en 1942, y consciente de cómo se produciría la invasión aliada, Rommel creía que debía detenerse a los invasores en las mismas playas. Rundstedt disintió con frialdad de la opinión de su colega, a quien se refería sarcásticamente como el «mariscal Bubi» (mariscal Niño); sostenía que las tropas aliadas debían ser aniquiladas después de que hubieran desembarcado. Hitler apoyó a Rommel. El Día D, a pesar de las brillantes improvisaciones de Rommel, las tropas aliadas abrirían brecha en la «inexpugnable» muralla en apenas unas horas.

En los horribles días que siguieron, desbordadas por los aliados, que ostentaban una superioridad aérea casi absoluta sobre el campo de bata-

* Alto Mando de las Fuerzas Armadas.

lla de Normandía, e inmovilizadas por las órdenes de «no retirarse» de Hitler («Cada hombre debe luchar y caer allí donde se encuentre»), las distendidas líneas de Von Rundstedt se agrietaron por todas partes. Taponaba desesperadamente las brechas, pero, por mucho que sus hombres lucharan con firmeza y contraatacaran, el resultado no arrojaba dudas. Von Rundstedt no podía ni «lanzar a los invasores al mar» ni «aniquilarlos» (las palabras eran de Hitler).

La noche del 1 de julio, en los momentos culminantes de la batalla de Normandía, el jefe del Estado Mayor de Hitler, el mariscal de campo Wilhelm Keitel, llamó a Von Rundstedt y le preguntó preocupado: «¿Qué debemos hacer?». Con su característica brusquedad, Von Rundstedt replicó: «Poner fin a la guerra, idiotas. ¿Qué otra cosa podéis hacer?». El comentario de Hitler al conocer su respuesta fue indulgente: «El Viejo ha perdido los estribos y ya no puede dominar la situación. Tendrá que marcharse». Veinticuatro horas después, en una cortés nota manuscrita, Hitler informaba a Von Rundstedt de que, «en atención a su salud y a los crecientes esfuerzos que nos esperan en un próximo futuro», quedaba relevado del mando.

Von Rundstedt, el veterano y más certero mariscal de campo de la Wehrmacht, no podía creerlo. Durante los cinco años de guerra, su ingenio militar había servido a la perfección al Tercer Reich. En 1939, cuando Hitler atacó a sangre fría a Polonia, iniciando con ello el conflicto que más tarde implicaría al mundo, Von Rundstedt había demostrado la validez de la fórmula alemana de conquista, la *Blitzkrieg* o guerra relámpago, cuando su vanguardia de carros de combate tardó menos de una semana en llegar a las afueras de Varsovia. Un año después, cuando el Führer se encaminó hacia el oeste y con una rapidez devastadora invadió la mayor parte de la Europa occidental, Von Rundstedt ostentaba el mando de todo un ejército de panzers. Y en 1941 estaba de nuevo en primera línea cuando Hitler atacó a Rusia. En estos momentos, molesto por el peligro que corrían su carrera y su reputación, Von Rundstedt dijo a su jefe del Estado Mayor, el general de división Gunther Blumentritt, que había sido «ignominiosamente destituido por un estratega aficionado». Ese «cabo bohemio», exclamó encolerizado, ha utilizado «mi edad y mi mala salud como excusa para relevarme, solo para tener una cabeza de turco». Si se le hubiera permitido libertad de actuación, Von Rundstedt habría planeado una retirada lenta hasta la frontera alemana, durante la cual, tal como expuso al contarle sus planes a Blumentritt, habría

«cobrado un precio terrible por cada palmo de terreno cedido». Pero, como había dicho numerosas veces a su Estado Mayor, como consecuencia de la constante «tutela de arriba», casi la única facultad que tenía como OB West era «cambiar la guardia que custodiaba la puerta».*

Desde el momento de su destitución y tras su llegada, a finales de agosto, a la *Wolfschanze* («guarida del lobo»), tal como la bautizó Hitler, en Rastenburg, Von Rundstedt asistía, invitado por el Führer, a la reunión diaria sobre el curso de la guerra. Según el subjefe de operaciones, el general Walter Warlimont, el Führer dio una cordial bienvenida a su veterano mariscal de campo, tratándole con «una timidez y un respeto inusitados».

Warlimont observó también que, durante las largas sesiones, Von Rundstedt se limitaba a permanecer «imperturbable, pronunciando solo escasos monosílabos».** El conciso y práctico mariscal de campo no tenía nada que decir: se hallaba aterrado por la situación.

Las sesiones informativas mostraron claramente que el Ejército Rojo ocupaba ya en el este un frente de más de dos mil kilómetros de longitud, desde Finlandia, al norte, hasta el Vístula, en Polonia, y desde allí hasta los Cárpatos, en Rumanía y Yugoslavia. De hecho, los tanques rusos habían llegado hasta la frontera de Prusia Oriental, apenas a 150 kilómetros del Cuartel General del Führer.

En el oeste, Von Rundstedt veía materializados sus peores temores. Estaban siendo destruidas una división tras otra, y toda la línea alemana había sido obligada a retroceder. Aunque cercadas e incomunicadas, varias unidades de retaguardia se aferraban todavía a puertos vitales como Dunkerque, Calais, Boulogne, El Havre, Lorient y Saint-Nazaire, obligando a los aliados a continuar llevando suministros desde las lejanas playas de invasión. Sin embargo, con la súbita e inesperada captura de Amberes, uno de los mayores puertos marítimos de gran calado de

* «Von Rundstedt estaba dolido por la implicación contenida en la carta de Hitler de que él había “pedido” el relevo», me dijo en una entrevista el difunto general Blumentritt. «En el Cuartel General, algunos creíamos que realmente lo había solicitado, pero no era cierto. Von Rundstedt negó haber pedido jamás el relevo e, incluso, haber pensado siquiera en pedirlo. Estaba muy encolerizado, tanto que juró no volver a asumir ningún puesto de mando bajo Hitler. Yo sabía que no hablaba en serio, pues, para Von Rundstedt, la obediencia militar era incondicional y absoluta.»

** Warlimont, *Inside Hitler's Headquarters, 1939-45*, p. 477.

Europa, cabía la posibilidad de que los aliados hubieran resuelto su problema de aprovisionamiento. Von Rundstedt observaba además que la táctica de *Blitzkrieg*, perfeccionada por él mismo y por otros, la utilizaban también los ejércitos de Eisenhower, provocando devastadores efectos. Y el mariscal de campo Walter Model, de cincuenta y cuatro años, nuevo comandante en jefe del frente oeste —había asumido el cargo el 17 de agosto—, era claramente incapaz de poner orden en el caos. Su frente se había desmoronado, quebrado en el norte por los blindados del Segundo Ejército británico y el Primer Ejército estadounidense, que avanzaban a través de Bélgica en dirección a los Países Bajos. Y, al sur de las Ardenas, las columnas blindadas del Tercer Ejército norteamericano, al mando del general George S. Patton, se dirigían hacia Metz y el Sarre. Para Von Rundstedt la situación no era ya para nada despreciable: era catastrófica.

Tuvo tiempo para meditar sobre el ya inevitable final. Casi cuatro días transcurrieron antes de que Hitler le concediera a Von Rundstedt una audiencia privada. Durante su espera, el mariscal de campo se alojó en la antigua posada campesina reservada para los oficiales de alta graduación en el centro del amplio cuartel general, un lugar rodeado de alambre de espino en el que se erigían cabañas de madera y búnkeres de cemento contruidos sobre una red de instalaciones subterráneas.

Von Rundstedt manifestó a Keitel, jefe del Estado Mayor, su impaciencia por la demora. «¿Por qué me han hecho llamar? —preguntó—. ¿Qué clase de juego están llevando a cabo?» Keitel no pudo decirselo. Hitler no le había dado ninguna razón especial, fuera de una inocua mención a la salud del mariscal de campo. Hitler parecía haberse convencido a sí mismo de que la versión de la destitución de Von Rundstedt por «motivos de salud» que se había inventado en julio era cierta. Hitler se limitó a decirle: «Quiero ver si la salud del Viejo ha mejorado».

Keitel recordó por dos veces al Führer que estaba esperando el mariscal de campo. Finalmente, en la tarde del 4 de septiembre, Von Rundstedt fue llamado a presencia de Hitler, y, en contra de su costumbre, este fue inmediatamente al grano: «Quisiera confiarle de nuevo a usted el frente occidental».

Rígidamente erguido, con ambas manos en su bastón de oro, Von Rundstedt se limitó a hacer un gesto de asentimiento. A pesar de sus conocimientos y su experiencia, su aversión hacia Hitler y los nazis, Von Rundstedt —en quien había arraigado la tradición militar prusiana de

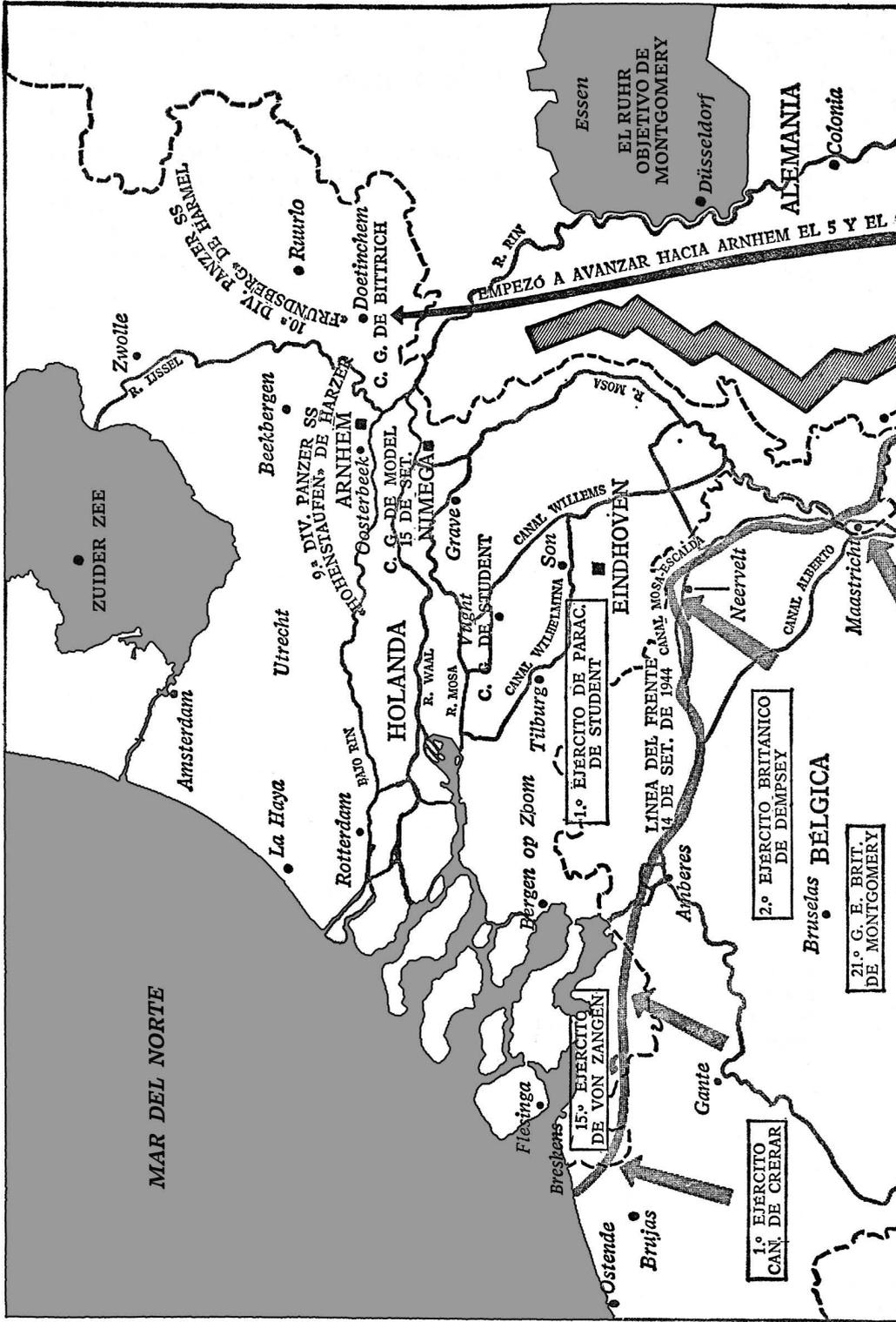
entrega al servicio— no declinó el nombramiento. Como afirmaría con posterioridad, «de todas maneras, habría sido inútil protestar».*

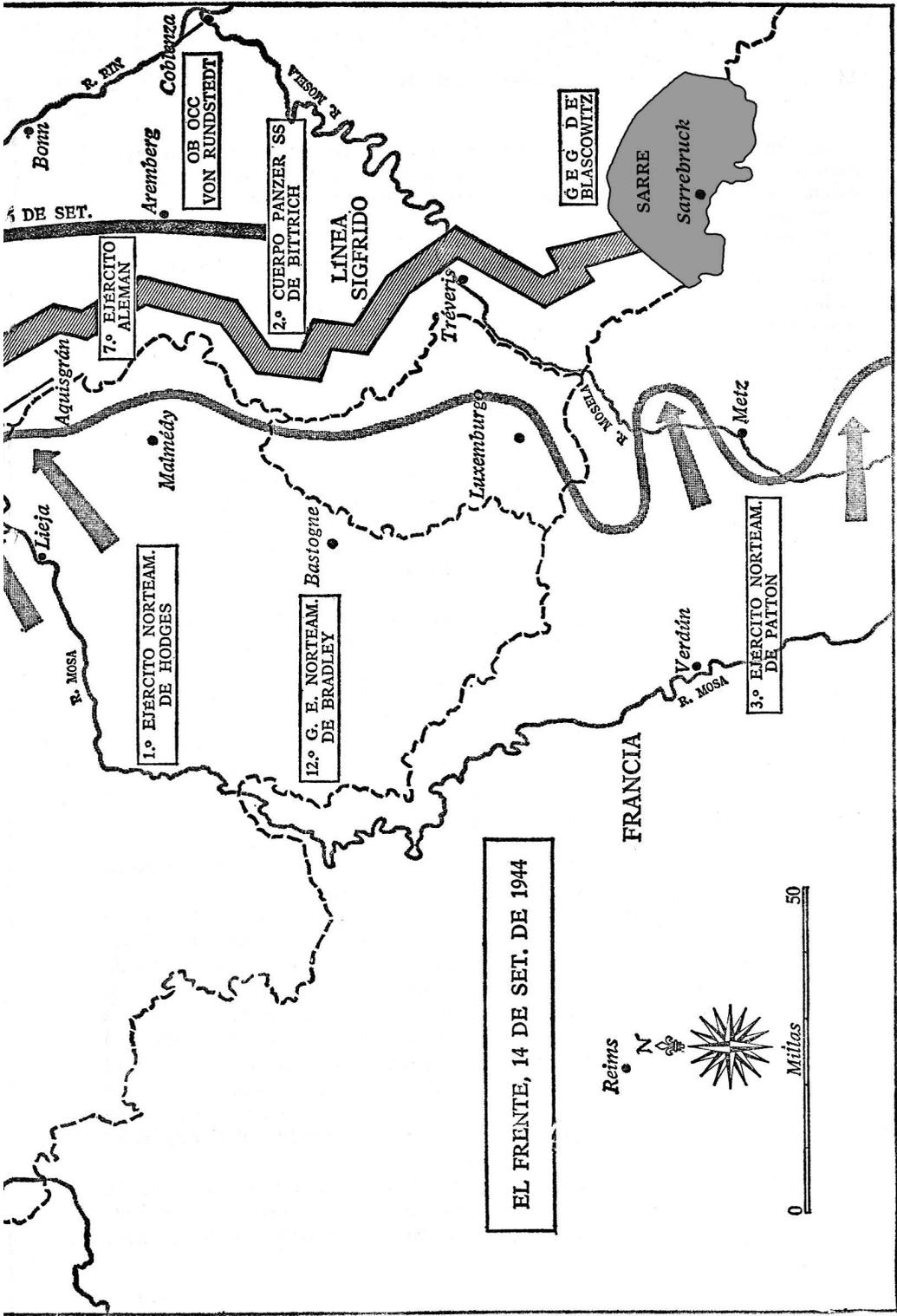
Con cierta precipitación, Hitler esbozó la tarea de Von Rundstedt. Una vez más, el líder nazi estaba improvisando. Antes del Día D, habría insistido en que la muralla del Atlántico era invulnerable; ahora, para consternación de Von Rundstedt, el Führer recalcó que la muralla occidental era inexpugnable. Esta, que había sido durante largo tiempo olvidada y desguarnecida, todavía contaba con una formidable serie de fortificaciones fronterizas, conocida por los aliados como la «línea Sigfrido». Von Rundstedt, ordenó Hitler, no solo debía detener a los aliados lo más al oeste posible, sino también contraatacar, puesto que, tal como el Führer pensaba, las amenazas aliadas más peligrosas se reducían a simples «vanguardias blindadas». Resultaba evidente, sin embargo, que el líder nazi estaba desalentado por la caída de Amberes. Era preciso arrebatárselos a toda costa a los aliados este puerto vital. Como los demás puertos continuaban en manos alemanas, dijo Hitler, era de esperar que el ataque aliado se detuviera debido a la excesiva extensión de sus líneas de aprovisionamiento. El alemán confiaba en que el frente occidental pudiera ser estabilizado y, una vez llegado el invierno, recuperaran la iniciativa. Hitler aseguró a Von Rundstedt que «no estaba demasiado preocupado por la situación en el oeste».

Se trataba de una variación de un monólogo que Von Rundstedt había oído muchas veces con anterioridad. La muralla occidental se había convertido para Hitler en una idea fija, y de nuevo se le estaba ordenando a Von Rundstedt «no ceder un palmo» y «resistir bajo cualquier circunstancia».

Al ordenarle a Von Rundstedt que sustituyera al mariscal de campo Model, Hitler estaba efectuando su tercer cambio de mando de OB West en el plazo de dos meses: primero, de Von Rundstedt al mariscal de campo Gunther von Kluge; después, a Model, y ahora de nuevo, a Von Rundstedt. Model, que llevaba en el cargo dieciocho

* Según Walter Goerlitz, editor de *The Memoirs of Field Marshal Keitel*, capítulo X, p. 347, Von Rundstedt le dijo a Hitler: «Mi Führer, cualesquiera que sean sus órdenes, yo cumpliré con mi deber hasta el último aliento». Mi versión de la reacción de Von Rundstedt se basa en los recuerdos de su ex jefe del Estado Mayor, el general de división Blumentritt. «No dije nada —le expresó Von Rundstedt—. Si hubiera abierto la boca, Hitler me habría estado hablando durante tres horas.»

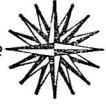




EL FRENTE, 14 DE SET. DE 1944

Reims

N



50

Millas

0

FRANCIA

1.º EJÉRCITO NORTEAM. DE HODGES

12.º G. E. NORTEAM. DE BRADLEY

3.º EJÉRCITO NORTEAM. DE PATTON

7.º EJÉRCITO ALEMÁN

2.º CUERPO PANZER SS DE BITTRICH

G E G DE BLASCOWITZ

SARRE Sarrebruck

LÍNEA SIGFRIDO

OB OCC VON RUNDSTEDT

M. DE SET.

R. MOSA

Luxemburgo

Tréveris

Maimédy

Aquisgrán

Lieja

Metz

Verdún

R. MOSA

Bonn

Arenberg

Coblenza

R. RIN

R. MOSEL

R. MOSEL

días, desde ahora mandaría solamente el Cuerpo del Ejército B, a las órdenes de Von Rundstedt, dijo Hitler. Hacía tiempo que Von Rundstedt sentía poco entusiasmo hacia Model, pues consideraba que este no se había ganado su ascenso por el camino difícil; había sido ascendido demasiado rápido por Hitler al rango de mariscal de campo. Von Rundstedt lo consideraba más adecuado para ejercer como un «buen sargento mayor de regimiento». Sin embargo, el mariscal de campo consideraba que poco importaba ya el puesto de Model. La situación era casi desesperada, la derrota inevitable. La tarde del 4 de septiembre, mientras se dirigía a su cuartel general en las proximidades de Coblenza, Von Rundstedt no creía que nada pudiera impedir a los aliados invadir Alemania, atravesar el Rin y terminar la guerra en cuestión de semanas.

Ese mismo día, en Wannsee (Berlín), el capitán general Kurt Student, de cincuenta y cuatro años y fundador de las fuerzas aerotransportadas de Alemania, resurgía de las estancadas aguas a las que había sido relegado durante tres largos años. Para él, la guerra había comenzado con grandes promesas. Student consideraba que sus paracaidistas habían sido los principales responsables de la captura de los Países Bajos en 1940, cuando unos cuatro mil de ellos se lanzaron sobre los puentes de Róterdam, Dordrecht y Moerdijk, y los mantuvieron abiertos para el paso de las fuerzas de invasión alemanas. Las bajas de Student habían sido increíblemente pequeñas, apenas 180 hombres. Pero la situación fue diferente en el ataque aéreo de 1941 sobre Creta. Allí, las pérdidas fueron tan elevadas —más de la tercera parte de los veintidós mil soldados participantes— que Hitler prohibió todas las operaciones de esa clase: «Ha terminado el tiempo de los paracaidistas», dijo el Führer mientras se oscurecía el futuro para Student. Desde entonces, el ambicioso oficial se había visto relegado a trabajos burocráticos como director de una escuela de adiestramiento, mientras que sus excelentes paracaidistas se usaban exclusivamente como infantería. Con desconcertante brusquedad, exactamente a las tres de la tarde de aquel crítico 4 de septiembre, Student emergió de nuevo a primera línea. En una breve llamada telefónica, el capitán general Alfred Jodl, jefe de operaciones de Hitler, le ordenó que organizara sin dilación un cuerpo de soldados que el Führer ya había designado con el nombre de Primer Ejército de Paracaidistas. Mientras Student escuchaba estupefacto,

pensó que «era un título un tanto grandilocuente para una fuerza que aún ni existía».

Los paracaidistas de Student se hallaban dispersos por toda Alemania, y, a excepción de unas cuantas unidades expertas y bien equipadas, eran reclutas novatos que disponían solamente de armas de entrenamiento. Su fuerza, compuesta por unos diez mil hombres, carecía casi por completo de medios de transporte, blindados y artillería. Student ni siquiera tenía un jefe del Estado Mayor.

Sin embargo, explicó Jodl, se necesitaba con urgencia a sus soldados en el oeste. Debía «cerrar un gigantesco agujero» entre Amberes y la zona de Lieja-Maastricht, «manteniendo una línea a lo largo del canal Alberto». Se le ordenó a Student que, con la mayor rapidez de la que fuera capaz, llevara sus fuerzas a los Países Bajos y Bélgica. Se expedirían armas y equipo a los puntos de destino. Además de sus paracaidistas, se habían designado dos divisiones para su nuevo «ejército». Student no tardó en conocer que una de ellas, la 719.^a, estaba «compuesta por hombres de avanzada edad estacionados a lo largo de la costa neerlandesa que no habían disparado todavía ni un solo tiro». Su segunda división, la 176.^a, era aún peor. Se componía de «semiinvalidos y convalecientes que, por razones prácticas, se habían agrupado en batallones distintos según sus diversas dolencias». Tenían incluso cocineros que preparaban dietas especiales para los que padecían del estómago. Además de estas unidades, recibiría un puñado de otras tropas esparcidas por los Países Bajos y Bélgica —soldados de la Luftwaffe, marineros y dotaciones antiaéreas—, así como veinticinco carros de combate. Para Student, experto en guerra de paracaidistas y tropas de choque aerotransportadas y sobradamente adiestradas, su heterogéneo ejército era una «grotesca improvisación a gran escala». Pero estaba de nuevo en la guerra.

Durante toda la tarde, por teléfono y teletipo, Student convocó e hizo marchar a sus hombres. Calculaba que sus fuerzas completas tardarían por lo menos cuatro días en llegar a la frontera. Sin embargo, sus mejores tropas, aquellas más sólidas, serían enviadas en trenes especiales a los Países Bajos en lo que Student denominó una «acción relámpago». De esa forma, se encontrarían a orillas del canal Alberto, como parte del Cuerpo del Ejército B de Model, en el plazo de veinticuatro horas.

Aun así, una llamada de Jodl y la información que él mismo había reunido desde entonces alarmaron a Student: todo parecía indicar

que su grupo mejor adiestrado —el 6.º Regimiento de Paracaidistas y otro batallón, con un total de unos tres mil hombres— constituía la única reserva lista para el combate de toda Alemania. Una situación nefasta.

Frenéticamente, el mariscal de campo Walter Model, comandante en jefe del oeste, intentaba taponar la enorme brecha abierta al este de Amberes y detener la desordenada retirada de Bélgica a los Países Bajos. En aquel momento, aún no tenía noticia del nombramiento de Von Rundstedt como sucesor suyo. Sus fuerzas estaban tan enredadas, tan desorganizadas, que Model había perdido casi por completo el control. Ya no mantenía contacto con la segunda mitad de sus tropas, el Cuerpo del Ejército G en el sur. ¿Habría logrado su comandante, el general Johannes Blaskowitz, retirarse de Francia? Model no estaba seguro. Para el hostigado mariscal de campo, la situación del Cuerpo del Ejército G era algo secundario. La crisis estaba, por supuesto, en el norte.

Rápida y ferozmente, el Cuerpo del Ejército B había sido partido en dos por las columnas blindadas británicas y norteamericanas. De los dos bloques que componían el Cuerpo del Ejército B, el 15.º estaba acorralado contra el mar del Norte, aproximadamente entre Calais y un punto localizado al noroeste de Amberes. El 7.º Ejército había sido destruido casi por completo y forzado a retroceder hacia Maastricht y Aquisgrán. Entre los dos ejércitos se abría una brecha de cien kilómetros, y los británicos habían penetrado a través de ella directamente hasta Amberes. A lo largo de la misma ruta, las desmoralizadas fuerzas de Model se batían, precipitadamente, en retirada.

En un desesperado esfuerzo por frenar su huida, Model emitió una emotiva apelación a sus tropas:

Con el progreso del enemigo y la retirada de nuestro frente, están retrocediendo varios centenares de miles de soldados —de tierra, aire y unidades blindadas—, tropas que deben reorganizarse conforme a los planes y resistir en nuevas líneas.

En esta corriente circulan los restos de las unidades descompuestas que, por el momento, carecen de objetivos fijos y ni siquiera se encuentran en situación de recibir órdenes claras. Siempre que algunas columnas ordenadas se alejan de la carretera para reorganizarse, torrentes de elementos desorganizados continúan su marcha. Con sus vehículos

circulan murmullos, rumores, precipitación, desorden continuo y ruin egoísmo. Esta atmósfera se extiende por las zonas de retaguardia, contagiando unidades todavía intactas, y, en este instante de tensión extrema, debe atajarse con los más enérgicos medios.

Apelo a vuestro honor de soldados. Hemos perdido una batalla. Pero una cosa os aseguro. ¡Ganaremos esta guerra! No puedo deciros nada más por el momento, aunque sé que hay cuestiones que os queman los labios. Con independencia de lo que haya sucedido, nunca perdáis vuestra fe en el futuro de Alemania. Al mismo tiempo, debéis ser conscientes de la gravedad de la situación. Este momento separará a los hombres fuertes de los débiles. Cada soldado tiene ahora la misma responsabilidad. Cuando su comandante caiga, debe estar dispuesto a ocupar su lugar y continuar.

Model seguía con una larga serie de instrucciones en las que exigía «categóricamente» que las tropas en retirada «se presentaran sin demora en el punto de mando más cercano», infundieran a otras «confianza, seguridad en sí mismas, autocontrol y optimismo», y rechazaran «habladurías estúpidas, rumores e informaciones irresponsables». El enemigo, aseguraba, «no estaba en todas partes al mismo tiempo», y, de hecho, «si se contaran todos los carros de los que que hablaban los inventores de aquellas murmuraciones, resultarían más de cien mil». Pedía a sus hombres que no cedieran posiciones importantes ni destruyeran equipamientos, armas o instalaciones antes de que fuera necesario. El sorprendente documento acababa haciendo hincapié en que todo dependía de «ganar el tiempo que el Führer necesita para poner en movimiento nuevas armas y tropas».

Es probable que, sin comunicaciones y dependiendo casi exclusivamente de la radio, Model no tuviera la certeza de que su orden del día llegara a todas sus tropas. En aquel momento de confusión, ni siquiera estaba seguro de la posición más reciente de sus desorganizadas y dispersas unidades; tampoco conocía con exactitud hasta dónde habían avanzado las tropas y los blindados aliados. ¿Y dónde estaba el *Schwerpunkt*, el ataque principal del avance aliado, con los británicos y estadounidenses dirigiéndose por el norte hacia la línea Sigfrido y, desde allí, a través del Rin y hacia el Ruhr? ¿Se estaba encaminando el impresionante Tercer Ejército norteamericano de Patton hacia el Sarre, la línea Sigfrido y, a través del Rin, hacia Fráncfort?